ALBUM SALON

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ❖ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona ❖ **Precio: 4 reales**

© Biblioteca Nacional de España

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 12 DE DICIEMBRE DE 1897 | NÚM. 4

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:
SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Te[illegible]struch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

Pintores [illegible]ujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arija.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Ju[illegible]-F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Esp[illegible]ique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis [illegible]raner.—Angel F[illegible] Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—[illegible] Masriera.—[illegible] Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y San-[illegible]—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro [illegible] Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de [illegible]ción Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—[illegible]n.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Gou[illegible] Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Var[illegible]

NOTA. — Como observará el público los anteriores nombres, es[illegible]n alfabético.

EL *DO* DE PECHO, por XAUDARÓ.

MEDICACIÓN TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE **BLANCARD**
Con ioduro de Hierro inalterable.

ANEMIA, COLORES PÁLIDOS, RAQUITISMO, ESCRÓFULAS, TUMORES BLANCOS, ETC.

Exíjase la firma y el sello de garantía. — PARIS — 40, rue Bonaparte, 40

© Biblioteca Nacional de España

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

HAY nombres destinados á hacerse célebres en la historia de los pueblos, y uno de ellos es el que encabeza estas líneas.

Desde el yerno de Pelayo que ciñó corona en Asturias, á raíz de la Reconquista, hasta el monarca Pacificador, que, sin cumplir los seis lustros, rindió el último suspiro en el Pardo, cuando tanto podían esperar los españoles de sus relevantes cualidades,... Alfonso se han llamado la mayor parte de los príncipes reinantes en la península ibérica, antes y después de su unificación.

Prescindiendo de sus actos privados, pues no por ser reyes dejaban de ser hombres, estando por lo tanto sujetos á las pasiones y debilidades de los demás, todos ellos contribuyeron con su valor ó su saber, á consolidar los cimientos de esta gran nación, cuyo dominio no tuvo límites conocidos, y que, á pesar de los múltiples embates de la caprichosa fortuna, figura todavía, por su ilustración y riqueza, al lado de las principales nacionalidades del globo.

Para que España recobre en el universal concierto el lugar preferente que ocupó un día, le falta sólo una cabeza y un brazo; un varón de entendimiento claro y de espíritu fuerte, que, segando á cercén las ambiciones ilegítimas, distinguiendo á conciencia entre el adulador servil y el consejero leal, sepa abrir ancho cauce á las fuentes de su progreso, garantirla el cumplimiento exacto de las leyes, darla la paz y tranquilidad de que desgraciadamente no disfruta... y llevarla con entereza, en caso conveniente, á una guerra honrosa.

Porque comprende esa necesidad, eleva sus miradas hacia el nuevo Alfonso, con la esperanza de ver reproducidos en el hijo los alientos nobles del padre, que atajó en mal hora traidora muerte: por eso, considera preciosa su existencia, y aguarda con ansiedad el momento en que empuñe de hecho el glorioso cetro de San Fernando.

¡Aun ha de transcurrir algún tiempo para que ese grato deseo se realice!

Once años y medio cuenta en la actualidad el que vino al mundo con real diadema en la frente; ¡once años! y es casi un hombre, cuando otros apenas son niños.

¡Triste vida la de los destinados á reinar!

Los sacrificios constantes que les impone tan espinoso cargo, comienzan en la infancia, para ellos monótona y encarcelada, mientras para la generalidad discurre libre y placentera. No bien aciertan á raciocinar, se les obliga á aprender; cifrando toda su ilusión en los juguetes, tienen precisamente que consagrarse á los libros.

Pasan en un soplo de la niñez á la juventud... y en otro soplo, más tarde, de la juventud á la vejez; exigiéndoseles en todas las épocas, un juicio anticipado á la edad.

En Alfonso XIII se comprueba la primera parte de esta premisa.

Merced á la vastísima educación que ha recibido y recibe, está dando muestras de extraordinaria precocidad y de excepcional inteligencia, que aprovechan con brillante resultado los encargados de instruirle é ilustrarle, cual corresponde á su elevada estirpe y al puesto culminante en que le colocó la suerte.

En tanto que entendidos preceptores desarrollan las fuerzas físicas é intelectuales del aventajado discípulo, la cariñosa madre que en él adora, infiltra en su tierno corazón las máximas santas de la virtud, en ella personificada, inspirándole sentimientos delicados y generosos, propios de la verdadera majestad; particularmente, el de un amor sin límites al país donde ha nacido, y cuyos destinos, Dios mediante, regirá por sí mismo dentro de un plazo relativamente corto.

El joven monarca tiene dos dignos ejemplos que imitar: el de su malogrado antecesor, á quien adornaban todas las condiciones precisas para llegar á ser un gran rey, y el de la egregia dama que, con tanta bondad como prudencia, gobierna la nación, mereciendo por tales conceptos el entusiasta cariño de sus partidarios y el respeto de sus enemigos, en el palenque político; ejemplos de cuya eficacia cabe esperar resultados muy beneficiosos para la pobre España, víctima hace tiempo de ambiciones internas y de extranjeras codicias.

El porvenir de ésta se cifra en el augusto adolescente, que, para honrar, cual merece, al Cuerpo de que es jefe nato, rindiendo á la par un testimonio general de compañerismo á nuestro ejército, universalmente enaltecido, prescinde de los entorchados y fajas que por derecho propio le corresponden, y se complace en vestir el humilde traje de cadete.

. . . . . .

Plegue al cielo, en sus elevados juicios, conservar esa existencia, de inestimable valor; pues en ella estriba la tranquilidad presente... y acaso la felicidad futura de la Patria, venerada por todos los españoles, sin distinción de ideas ni partidos.

Tienda la Providencia su manto protector sobre el ilustre nieto de la que, en fecha no remota, fué para nuestros padres el símbolo de la libertad; guíele con segura mano por la noble senda que ha emprendido; concédale, en fin, un reinado próspero y glorioso; merced al cual, en las tierras y mares de ambos continentes, donde ondea la nacional bandera, resuene un día este solo grito: ¡VIVA ALFONSO XIII!

SALVADOR CARRERA

© Biblioteca Nacional de España

EL CUADRO

Qué disparate hizo el general en jefe al disponer aquel movimiento envolvente que debía efectuar nuestra división sobre la derecha del enemigo! Muy fácil le pareció, sin duda, en el plano, sin otro conocimiento de un terreno que era tan favorable para la defensa como peligroso para el ataque. Y á mi batallón le tocó *bailar con la más fea*, según decía el capitán Navaloces, mientras desfilábamos, á la cabeza de los otros tres de la brigada, por un mal camino de travesía, en tortuosa y larga columna de á cuatro en fondo y á trechos de á dos, trepando á media ladera para ganar la divisoria y dominar las cumbres, si así puede llamarse á la serie de achatados cabezos que coronaban aquellas desnudas y pedregosas colinas accesibles á las tres armas.

Verdad es que llevábamos un buen flanqueo de caballería, sostenido por medio batallón de cazadores, pero así y todo, la operación resultaba arriesgadísima. Como que si el enemigo no padecía de ceguera, estábamos expuestos á que se presentara sobre nuestro flanco izquierdo, y resultase que al ir por lana volviésemos sin un vellón de la nuestra.

Y eso sucedió. El general confiaba en que el ataque preparado de frente contra los grandes atrincheramientos de *los otros*, los contendría allí, en sus posiciones, esperándonos tranquilamente, y dejándose envolver por la segunda división, con la mayor inocencia. Tenía además aviso de que si bien la infantería contraria era numerosa, no pasaba igual con la caballería, por no haberse incorporado aún los regimientos que en el interior de su país hallábanse todavía á medio movilizar.

Este fué otro grande error. El gobierno de la nación enemiga, al tropezar con dificultades para la remonta de esos regimientos, y ante la urgencia de enviarlos á campaña, había tomado una resolución radical; la de reunir la gente ya montada de cada uno, en dos escuadrones, y acoplándolos á los de otro regimiento, organizar así una división; que la noche antes llegó precisamente á las líneas de su ejército. Con ella nos tuvimos que ver.

Porque á cosa de las diez de la mañana, cuando el sol picaba ya de firme, y con el polvo de aquellas descampadas lomas acrecía el cansancio de la gente, recibió noticia el general de la división de que por la izquierda presentábanse algunas masas que, á no dudar, eran del enemigo.

No relataré las disposiciones que tomó; la forma en que desplegamos las dos brigadas; el combate que nuestros jinetes flanqueadores sostuvieron mientras les fué posible, ni las peripecias terribles de tan sangriento é inútil cuanto glorioso hecho de armas; quiero llegar al instante aquél en que considerando insuficientes los medios que la táctica moderna da para resistir el ataque de la caballería, acudió nuestro teniente coronel á formar el cuadro antiguo, el de batallón que aprendimos los no muy jóvenes en la *Táctica* del inolvidable marqués del Duero.

No muy nutrido el batallón, por las vicisitudes de la campaña: mermado por las bajas sufridas en las tres horas que llevábamos ya de fuego, y por la falta de algunas secciones que no se habían podido incorporar desde la línea de fuego, y que se batían, retirándose en grupos como les era posible, formáronse las cuatro caras del cuadro con la misma rapidez y orden que en el campo de instrucción. Dentro quedó la impedimenta, y también los heridos.

A buena distancia veíamos cómo, por los otros dos batallones encargados de proteger la retirada, adoptábase igual formación, quedando en escalones, también con arreglo á la táctica de Concha. Así teníamos que cruzar el terreno ligeramente ondulado que nos separaba de las posiciones en que el general creía poder establecerse con la necesaria solidez para sostener aquel ataque imprevisto.

No cargaron al principio contra nosotros los escuadrones enemigos; es más, dijérase que se los había tragado la tierra. Pero su artillería, en particular las baterías á caballo, nos enviaban algunos proyectiles desde lejos. Más ruido que nueces. En esa disposición comenzamos la retirada, á pecho descubierto (ó mejor dicho á espaldas ídem, pues quedábase atrás la caballería contraria) y á paso ordinario. Y llegó un momento en qué figurándose el teniente coronel que se iban á limitar á batirnos con fuego de cañón, en espera de que llegase su infantería, estuvo para mandar romper el cuadro y que volviésemos al orden normal de combate; esto es, para que se enteren los profanos, á desplegar en guerrilla algunas secciones con otras en sostén y reserva, quedando una ó dos compañías como reserva general. Mas en aquel mismo instante, por una amplia depresión del terreno frente á la cual teníamos que pasar, vimos surgir una nube de polvo, y en seguida asomar entre él, primero una línea de cascos que brillaban al ser heridos por el sol y luego la masa obscura de jinetes y caballos. Era tal la disposición de aquel terreno que habían podido llegar hasta nosotros sin ser vistos; para cargar después á fondo con vertiginosa rapidez.

Dar frente á todos lados y hacer alto y rodilla en tierra, mandó nuestro jefe: obedecimos como máquinas; erizáronse de bayonetas las cuatro caras del cuadro, y durante un minuto que nos pareció un siglo, no se oyó otro rumor que el patear de los corceles, cada vez más próximos, sobre el endurecido suelo.

No sufrí en mi vida tensión de ánimo igual. Teníamos orden de no hacer fuego sino á la voz del teniente coronel, y se veía á los soldados con el arma preparada, yéndoseles el dedo, por sí solo instintivamente, á apretar el disparador. Y la masa aquella crecía y crecía de tamaño, y entre el polvo relampagueaban los bruñidos cascos y el acero de los sables y el metal de los botones y fornituras. Y casi, casi, nos pareció sentir el violento jadear de hombres y de corceles.

¡Segunda cara! Apunten. ¡Fue.....go! dijo el teniente coronel con voz vibrante, pero con cierta lentitud; y una cinta de fuego corrió por las bocas de los fusiles, quebrantando el aire la crepitación singular de las modernas armas; ligero vapor cubrió el frente (ya no hay nubes de humo); sonaron varios tiros sueltos, y vimos, (todo fué á un tiempo) encabritarse los caballos; caer hombres á tierra; volver otros las grupas, y cual campo de mieses por la hoz segadas, disminuir de altura el escuadrón y esparcirse casi en abanico hacia los flancos. La primera y tercera cara oblicuaron entonces, é hicieron unas descargas contra los fugitivos. Algunos caballos de éstos corrían locos en distintas direcciones, sin sus jinetes. Uno llegó hasta las puntas de nuestras bayonetas para caer muerto allí; otros fueron cazados al cruzar ante las demás caras.

Ibamos ya á proseguir la retirada, sin romper el cuadro, cuando una segunda carga, dada esta vez por lanceros de rojo uniforme, nos obligó á detenernos. Nuestra gente, gozosa por su primer triunfo, los esperó con calma, y fueron también rechazados; pero en el momento mismo en que emprendía el cuadro la marcha de nuevo, vimos brillar fogonazos en la cresta de una colina que hacia el flanco derecho se levantaba, y silbar sobre nuestras cabezas los proyectiles de artillería. A poco, una granada cayó en el centro del cuadro, salpicándonos con la tierra que levantó al sepultarse. Sin poder dominar una

© Biblioteca Nacional de España

impresión instintiva de pánico, esperamos su estallido, pero por fortuna no reventó. En cambio, sí lo hizo otra, á cierta distancia del batallón, y dos de sus cascos nos hirieron á otros tantos hombres.

Después, sí, cayeron más granadas, y aún, lo que fué peor, algunos *shrapnells* (granada-metralla) estallaron á corta altura, y más soldados fueron heridos ó muertos, lo que comenzó á producir desorden en las filas.

Aquella formación compacta y en terreno tan descubierto ofrecía blanco excelente para las baterías á caballo del enemigo, que de una galopada habían llegado á establecerse en posiciones flanqueantes, desde las que *nos freían*. Los escuadrones, en cambio, parecían haber desaparecido tras de las ondulaciones del suelo, y sólo veíamos algunas parejas de jinetes destacarse sobre el fondo gris terroso de las colinas.

Los demás escalones de nuestra brigada retirábanse también, sin procurar sostener al nuestro, que era el más avanzado, y la marcha hacíase cada vez más difícil, sobre todo al llegar á las tierras de labor blandas y húmedas en que nos metíamos hasta la rodilla.

Habíanos sido forzoso dejar los muertos en el camino; excepto á dos oficiales; los heridos que podían andar seguíannos por su pie; pero otros ocupaban las camillas, restando hombres útiles para el combate. Y la situación agravóse cuando de entre unas arboledas más avanzadas que la posición de la artillería enemiga, comenzamos á recibir fuego de fusil.

Era imposible que fuese de su infantería, que muy atrás quedó de seguro. ¿De quién era, pues? De un regimiento de dragones, que avanzando oculto y protegido por las baterías, estableciόse allí, y pie á tierra, nos abrasaba bien cubierto.

Comprendió entonces el teniente coronel que así no podíamos continuar; el cuadro era un nido de proyectiles; y mandó adoptar otra formación más propia de las circunstancias: dos compañías desplegáronse en tiradores para contestar á la fusilería de los jinetes enemigos, y el resto del batallón con la impedimenta siguió la marcha.

Pero pocos minutos después, la aparición de los lanceros y húsares, que á toda rienda venían sobre nosotros, hízonos formar nuevamente el

cuadro. Una sección que no consiguió replegarse desde las guerrillas y se dispuso á esperarlos, *agrupándose* como el reglamento ordena, fué deshecha y acuchillada.

Cayeron, no obstante, otra vez en montón jinetes y caballos á las descargas de nuestros fusiles; alguno avanzó como poseído de un vértigo hasta clavarse en las bayonetas; y las cargas se repitieron no sé cuantas veces. Entre una y otra, las piezas de las baterías á caballo y los dragones, desde la arboleda diezmaban nuestras filas. No veíamos ya á los otros tres batallones de la brigada.

Tanto y tanto esfuerzo, tuvo al fin su recompensa. En una de las cargas y antes de que nuestra fusilería diezmase á los rojos lanceros enemigos, vimos caer entre éstos una granada, á la que siguieron otras; rudo cañoneo comenzó entonces desde las posiciones á donde nos dirigíamos; las baterías á caballo *que nos achicharraban*, apagaron el suyo; huyeron también los dragones, y la masa de jinetes cesó de agobiarnos. Era la artillería de todo el 2.º cuerpo, enviado por el general en jefe á contener el ataque de flanco, que inútilmente habíamos pretendido resistir nosotros. Bajo aquella protección, pudimos seguir en busca de las restantes fuerzas de la brigada, y en el lindero de un bosque, en excelente posición situado, allí dimos con ellas; atrincherándonos también.

Entonces acabó la violentísima tensión de nuestros espíritus; entonces, tendidos en tierra los hombres, y esperando aún los nuevos riesgos de la no interrumpida batalla, desfiló ante mi vista todo lo ocurrido en tan sangriento y memorable día; y entre el fragor del combate que continuó hasta muy entrada la noche, y en que al fin y al cabo rechazamos al enemigo, no cesé de ver ni por un instante aquel pequeño cuadro de batallón, deslizándose trabajosa, pero gallardemente, sobre la ondulada llanura, y rechazando cargas y más cargas de lanceros rojos, húsares blancos y cazadores amarillos, entre el fuego de las baterías á caballo y de los dragones azules.

Apareciéndoseme así en todo su esplendor la justicia con que el arma de infantería ha recibido en todos los ejércitos el glorioso nombre de REINA DE LAS BATALLAS.

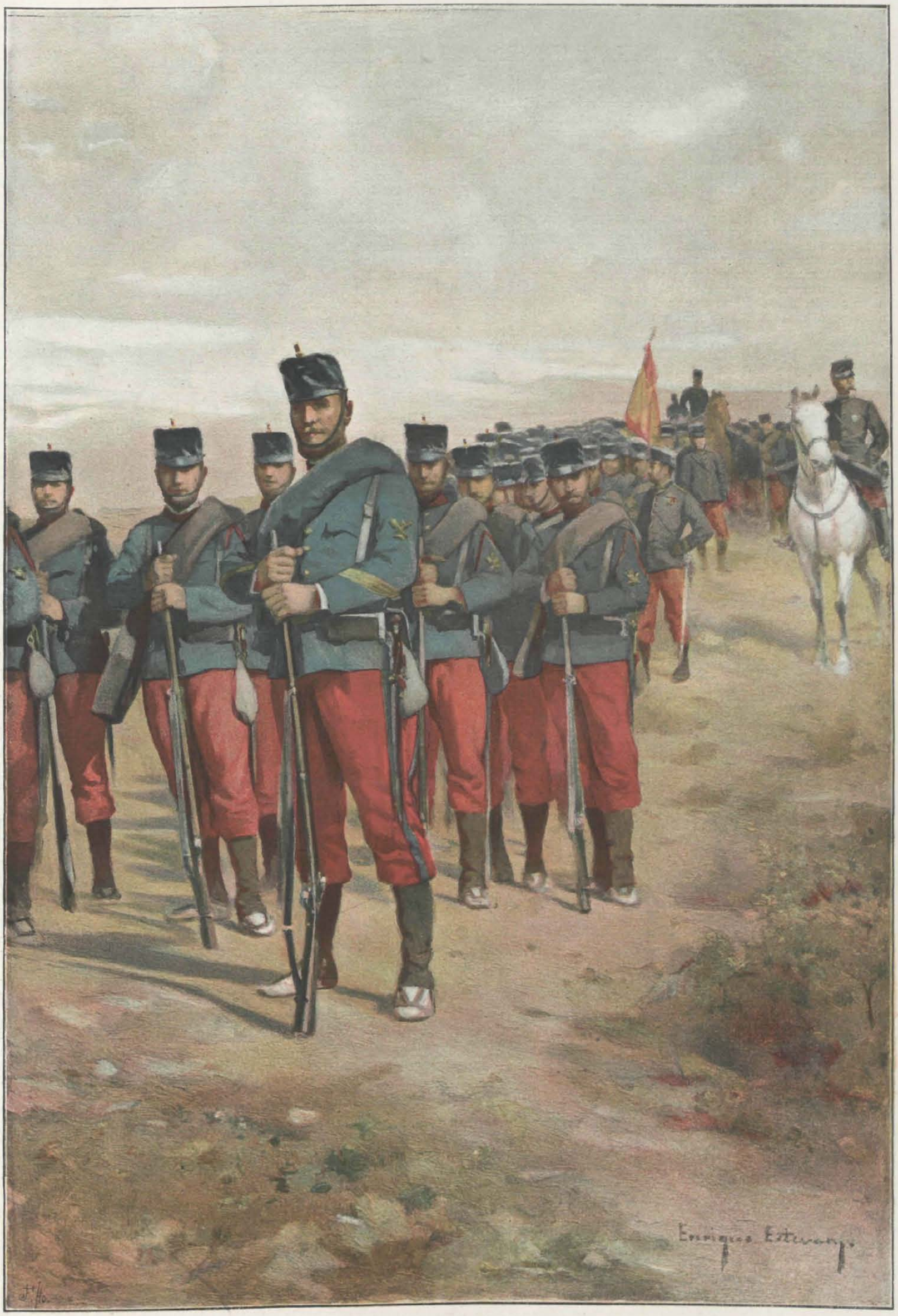
JUAN LAPOULIDE

ILUSTRACIONES DE P. BÉJAR

© Biblioteca Nacional de España

LA FIESTA EN EL HOGAR

© Biblioteca Nacional de España



EN SU LUGAR DESCANSO

© Biblioteca Nacional de España

INFANTERIA CONTRA CABALLERIA

¡Con qué atención! ¡qué embelesados escuchábamos mis hermanitos y yo los relatos que, de las aventuras de su vida de campaña, de los combates en que había estado, y de los riesgos en que se había visto, nos hacía el anciano coronel retirado, Rodríguez Pérez, íntimo amigo de nuestro padre, de quien había sido capitán! Era muy aficionado á chicos, nuestras travesuras le deleitaban; así era, que cuando mi madre pretendía librarle de nuestra pesadez ó infantil curiosidad se oponía siempre diciendo:

—Déjelos usted Luisa, que no me molestan; todo lo contrario.

Se conservaba célibe, porque tenía la opinión de que el militar debía serlo, como el sacerdote, si había de cumplir con su deber. Me hubiera faltado el valor para arrostrar la muerte en los combates, si en el momento de entrar en fuego, hubiese podido conturbar mi espíritu la idea de que podían quedar huérfanos mis hijos y viuda mi mujer; por eso no me he casado. Y lo lamento únicamente por no tener hijos, porque los niños son mi encanto. Y á nosotros nos quería como si fuésemos hijos suyos. El padrazo más padrazo no hubiera aguantado con tanta paciencia nuestras impertinencias como él.

ANTIGUO VOLUNTARIO DE PUERTO RICO

—¡Ande usted, don Pedro; cuéntenos usted una batalla, pero que sea bonita!

—Diga usted, ¿cuándo tiraban muchos tiros, tenía usted miedo?

—¿Verdad usted, que una vez se atracó de tronchos de berzas porque no había otra cosa que comer? Porque Juanito no lo quiere creer, y dice que ni que fuera usted cerdo.

—Antoñito dice que tenía usted un sable muy largo ¡¡muy largo!! y con mucha punta, y que en una pelea pinchó usted con él á siete carlistas de una vez. Eso es *trola*, ¿verdad?

—¿Tenían los carlistas mucho bigote?

Con seráfica calma, sonriendo bondadosamente, y con la seriedad de quien contesta á preguntas muy razonables, nos contestaba, evacuando nuestras consultas y resolviendo nuestras dudas.

En una ocasión, mi hermanito menor, que era muy aficionado á montar en caballos de cartón, para aprender, como él decía, á montar en los de carne, hubo de decir á don Pedro:

—Cuándo los de caballería se metiesen con ustedes, echarían ustedes á correr...

Y el buen don Pedro, que había sido de infantería, indignado de que se supusiera, ni aun por unos mocosos como nosotros, que la infantería era incapaz de resistir una carga de caballería, replicó con vehemencia.

—No lo creas, Pepito. Y para que te convenzas te contaré lo que sucedió en la acción de...—Y aquí citó una de las ocurridas en la guerra civil de los siete años.

Nos mandaba don Diego de León, la primer lanza del ejército. El combate era muy reñido, la victoria estaba muy dudosa, y habían llegado esos momentos críticos en que cualquier incidente decide el éxito, cuando de repente, de detrás de unas lomas que los habían ocultado hasta entonces á nuestra vista, salieron tres escuadrones carlistas, que, gallardamente pasando del paso al trote y de éste al galope, iniciaron una carga sobre nuestro flanco derecho que resultaba envuelto por ellos. Cuando por su flanco y retaguardia, con nuestras guerrillas y columnas de infantería, que á duras penas se sostenían en sus posiciones, viniera á chocar aquella vertiginosa tromba de hombres y caballos, nuestra derrota era segura.

—¡Ah!—exclamó furioso el general León, apretando nerviosamente los puños con el mayor coraje;—¡si yo tuviera aquí un escuadrón tan sólo!

Pero no tenía disponible más fuerza que la compañía de cazadores del regimiento de Zaragoza, cuerpo de infantería que, en aquella guerra, se había ganado una gran reputación de bravura.

Hubo de oir su capitán la exclamación de don Diego de León, y le dijo con noble altivez:

—No hace falta, mi general. Estamos aquí nosotros.

—Pues bien, señor capitán, haga usted con su compañía lo que buenamente pueda.

—Rechazar al enemigo;— replicó el pundonoroso capitán de cazadores. Y como no había tiempo que perder, hizo que su compañía desplegándose en dos filas, se tendiese en tierra en una suave hondonada que había en el llano por donde avanzaba la caballería carlista, ocultando, de este modo, á sus soldados de la vista del enemigo.

—¡Preparen, armas! ¡Al que se mueva; al que dispare un tiro antes de mi voz de mando, lo rajo! ¡Y ni una palabra! ¡ni un grito!

Aquellos aguerridos y valientes soldados de infantería obedecieron las órdenes de su capitán.

La caballería enemiga estaba muy cerca; retemblaba el suelo á su aproximación; en los cazadores se notaban ya algunos movimientos de intranquilidad, de desasosiego: les contenía solamente la serena actitud de su capitán, único que se mantenía en pie, erguido el cuerpo con arrogancia, apoyada en tierra la punta de la espada, alta la cabeza, y con la vista fija en el enemigo que, avanzando por momentos el aire de carga, iba acortando rápidamente la distancia que mediaba entre él y la oculta infantería. Cuando estuvo la caballería á muy pocos pasos de los cazadores, el capitán, con voz estentórea, mandó:

—¡Arriba! ¡Primera fila, apunten! ¡Fuego! ¡Carguen! ¡Segunda fila! ¡Fuego!—Los soldados, como movidos por un resorte, se pusieron en pie, y dos nutridas descargas á boca de jarro diezmaron jinetes y caballos que, sorprendidos unos y otros por la inesperada aparición de aquellos hombres que surgían del suelo como por escotillón, asustados los caballos por las detonaciones estruendosas de las descargas y por el resplandor de los fogonazos, se encabritaron, relinchando, y atemorizados los jinetes por las bajas sufridas, no tuvieron ánimo ni serenidad para dominar á sus corceles, y resultó una confusión espantosa. La sección que iba en cabeza vaciló, paralizando la carga. La inmediata vino á chocar con ella, aumentando el desorden. Algunos carlistas que, más animosos que sus compañeros lanzaron sus caballos sobre los cazadores, hiriendo á algunos de ellos con sus lanzas, pagaron con la vida su ardimiento.

Entonces el capitán, herido por un bote de lanza, gritó: —¡A la bayoneta!

Y los bravos cazadores arremetieron furiosamente á sus adversarios, pero no lograron alcanzar con sus bayonetas más que á los que habían sido derribados en tierra por efecto de las descargas de fusilería, porque el escuadrón carlista que venía en cabeza volvió grupas, y, en su fuga, arrolló á los que venían detrás, que, poseídos de un pánico espantoso, huyeron también en el mayor desorden.

El general León, sin darse cuenta de que aquella huída de los escuadrones enemigos, hacía suya la victoria, y acordándose tan sólo de que él precedía del arma de caballería, increpaba duramente á los fugitivos.

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Malograr así una carga tan bonita!

Un viva á la Reina que daban los cazadores le trajo á la realidad. Y cuando, metiendo espuelas á su caballo, fué á felicitar á los vencedores, halló al capitán tendido en un ribazo y rodeado por un grupo de soldados, por cuyos atezados rostros corrían lágrimas de dolor. Estaba mortalmente herido; de una profunda herida que tenía en el pecho salía á borbotones la sangre, que en vano procuraban atajar con sus propias camisas, que habían sacado de los morrales, su asistente y su sargento primero.

Apeóse del caballo el general León, se arrodilló junto al herido, y estrechando una de sus manos, le dijo conmovido:—¿Qué hay señor comandante? Animo, que no será nada.

El capitán, haciendo esfuerzos por sonreir, en frases entrecortadas por las bruscas aspiraciones de una penosa respiración, con voz tan apagada y débil, que era imposible recordar al oirle la estentórea con que momentos antes mandara hacer fuego á sus soldados, contestó:

—¡Hay mi general... que mientras... la infantería... tenga disciplina... y quien la mande... nunca! ¡nunca! se verá arrollada por la caballería.

Y el esfuerzo que hizo para dar energía á su última frase, concluyó con su vida.

Cuando nuestro veterano amigo terminó su relato, todos sus infantiles oyentes llorábamos á lágrima viva. A él también se le saltaron algunas.

—¿Y no resucitó después? — preguntó mi hermanito Antonio sollozando, pues no se avenía á que tan bravo capitán se muriese.

—Sí, hijo mío. En la gloria, donde Dios acoge á todos los valientes que mueren cumpliendo con su deber.

Y al decir esto, con el dorso de la mano derecha se enjugó las lágrimas que había en sus ojos.

FRANCISCO MARTIN ARRUE

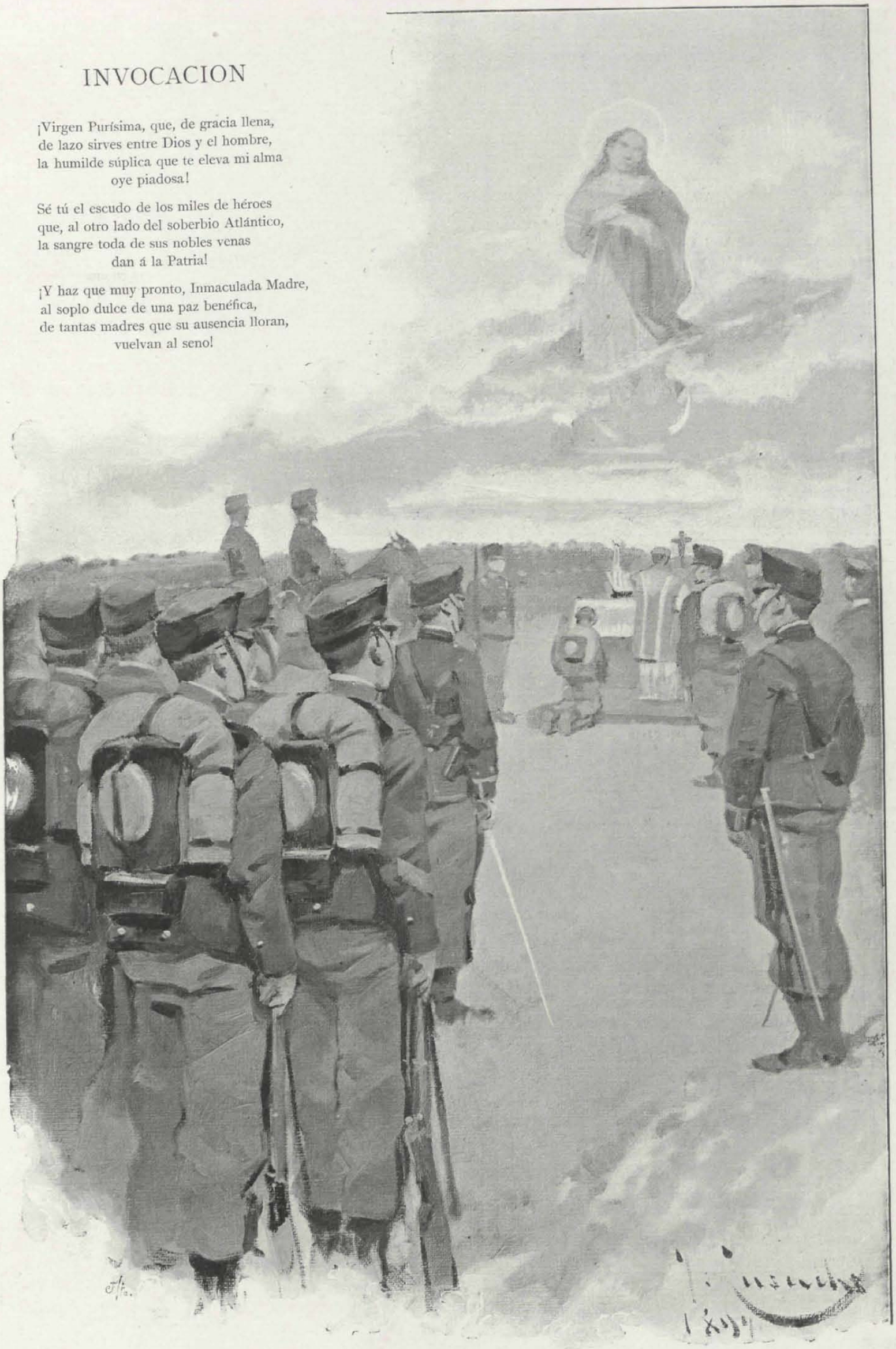
© Biblioteca Nacional de España

INVOCACION

¡Virgen Purísima, que, de gracia llena,
de lazo sirves entre Dios y el hombre,
la humilde súplica que te eleva mi alma
oye piadosa!

Sé tú el escudo de los miles de héroes
que, al otro lado del soberbio Atlántico,
la sangre toda de sus nobles venas
dan á la Patria!

¡Y haz que muy pronto, Inmaculada Madre,
al soplo dulce de una paz benéfica,
de tantas madres que su ausencia lloran,
vuelvan al seno!

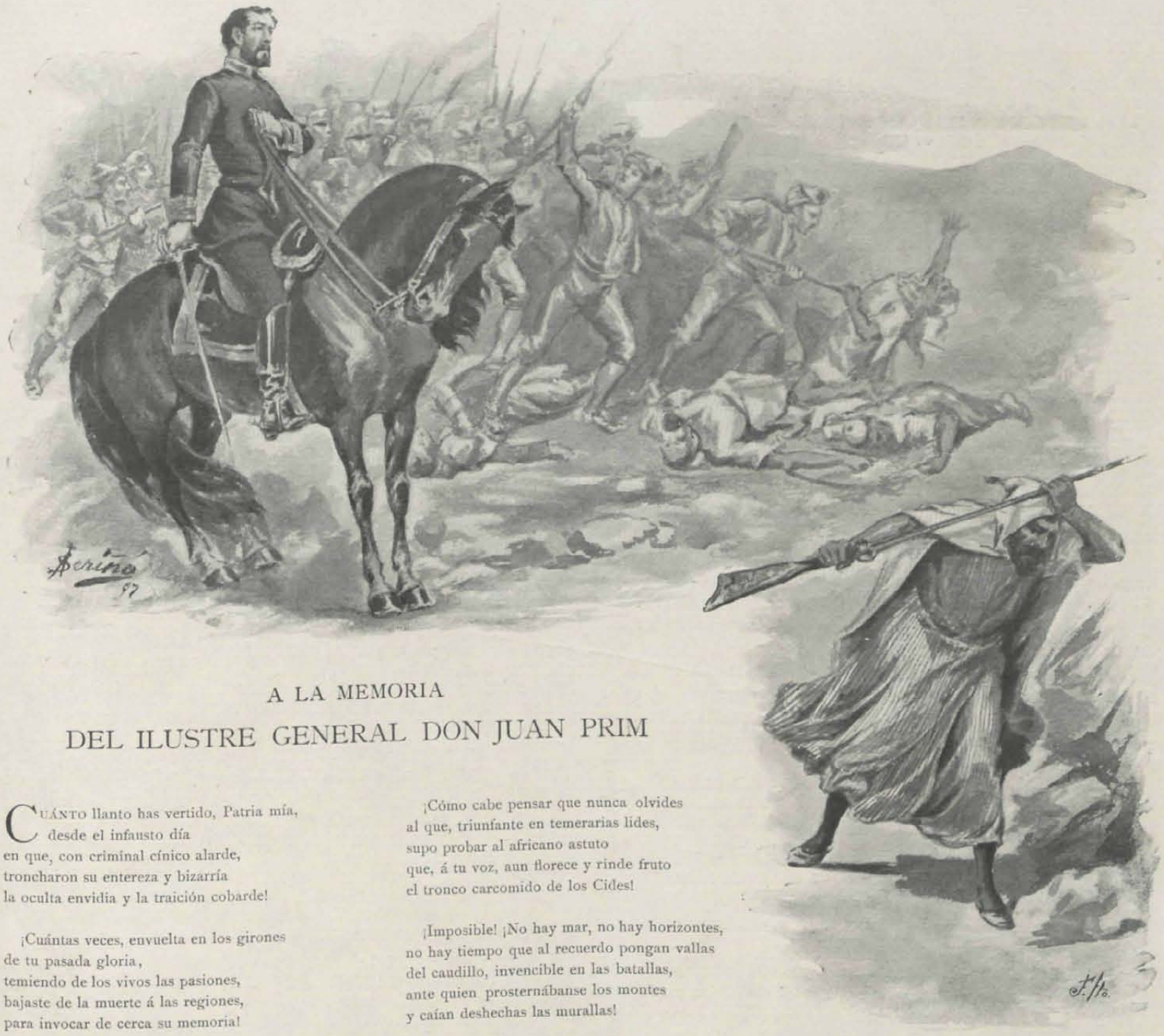


UNA MISA EN CAMPAÑA, POR J. CUSACHS

© Biblioteca Nacional de España

ACCION EMPEÑADA

© Biblioteca Nacional de España



A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE GENERAL DON JUAN PRIM

¡Cuánto llanto has vertido, Patria mía,
desde el infausto día
en que, con criminal cínico alarde,
troncharon su entereza y bizarría
la oculta envidia y la traición cobarde!

¡Cuántas veces, envuelta en los girones
de tu pasada gloria,
temiendo de los vivos las pasiones,
bajaste de la muerte á las regiones,
para invocar de cerca su memoria!

¡Con qué placer, ya en ellas, destrozaras
de su tumba los mármoles mezquinos,
y..., á ser posible, de tu amor en aras,
le dieras nueva vida... y le llamaras
á regir nuevamente tus destinos!

Llora ¡infeliz! su ruina fué la tuya;
los días y los años, paso á paso
transcurrirán sin que tu afán concluya...,
sin que encuentres, acaso,
en otro cuerpo un alma cual la suya.

¡Y cómo no llorar si tus entrañas
hondo pesar tortura todavía!..
¡si olvidar no han podido las Españas,
del héroe esclarecido las hazañas,
del mártir la agonía!

Llora su fin, y tus desdichas llora;
á tus duelos constantes y prolijos
sólo faltaba ¡oh, Patria! que, en mal hora,
hundiera en el no sér garra traidora
al mejor, al más fuerte de tus hijos.

Al que en su erguida sien llevaba impreso
de Marte y de Belona el doble beso;
que la Victoria coronó en la cuna,
y, pródiga, cedióte la Fortuna
para afianzar tu paz y tu progreso.

Al que, con noble aliento, mozo apenas,
de la opresión abyecta en que vivías
quebrantar se propuso las cadenas,
y darte, con la sangre de sus venas,
libertades que aún no conocías.

¡Cómo cabe pensar que nunca olvides
al que, triunfante en temerarias lides,
supo probar al africano astuto
que, á tu voz, aun florece y rinde fruto
el tronco carcomido de los Cides!

¡Imposible! ¡No hay mar, no hay horizontes,
no hay tiempo que al recuerdo pongan vallas
del caudillo, invencible en las batallas,
ante quien prosternábanse los montes
y caían deshechas las murallas!

Cuando al peligro se arrojaba ciego,
ardiendo en sacro fuego,
¿qué talismán guardaba su existencia?
¿cuál genio protector encendió luego
la luz de su preclara inteligencia?

Aquella llama que brotó en su mente,
destello del poder Omnipotente,
para llevar hasta el confín del mundo
su fama de político eminente
y pensador profundo.

Aquella inspiración súbita, fiera,
que, en Méjico, á la faz de las naciones,
plegando tu bandera,
hizo sentir al águila extranjera
la indomable altivez de tus leones.

Aquel fecundo natural talento,
por ajenos y propios respetado,
en el revuelto mar del Parlamento,
y al dirigir, contra marea y viento,
la nave del Estado.

Dios; sólo Dios, para endulzar tus males,
á un mísero mortal, soldado rudo,
podía dispensar mercedes tales:
¡Dios, solamente, depararte pudo
tan sabio protector, tan firme escudo!

Mas... ¡ay, mi Patria amada!
¡De la lucha incesante, encarnizada,
que sostiene Satán con el Eterno,...
en hora triste, para ti menguada,
triunfante una vez más quedó el infierno!..

¡Y la Parca, que nunca, frente á frente,
logró atajar del héroe la bravura,...
halló, al cabo, propicia coyuntura
de herirle mortalmente,
por la espalda, á traición y en noche obscura!

¡Jamás limpias de sangre estén las manos
que hasta él llegaron, con fiereza impía!
¡malditos para siempre los villanos
que fraguaron tamaña alevosía,
de españoles indigna y de cristianos!

¡Patria infeliz! Para mayor cinismo,
sobre el sepulcro mismo,
á cuyo lado tu dolor exhalas,...
cual el cuervo al pasar sobre el abismo,
impune la maldad bate sus alas.

Y cuando, en tu aflicción, veces no pocas,
de la víctima ilustre el nombre invocas,...
los verdugos sonríen con malicia,
y, entre los pliegues de sus negras tocas,
se esconde avergonzada la Justicia.

¡Patria á quién tanto amó! ruega, en tus preces,
por el hijo querido
de que, aun hoy, con razón te enorgulleces:
á vivir él, de fijo hubieras sido...
lo que ya fuiste: ¡lo que ser mereces!

¡Honrarle es tu deber!.. Mientras la Historia,
en su libro inmortal, para ensalzarle,
de Prim escribe la grandeza y gloria,...
¡llora su aciago fin!.. *¡Sepa llorarle,*
quien no tuvo el consuelo de vengarle!

SALVADOR CARRERA

© Biblioteca Nacional de España

LA NONA

Al tornar en sí de su letargo el conde Raimundo de Villaparda, reconoció á su médico que le contemplaba con aire triste.

—¡Salvado por este vez! —murmuró sonriendo é incorporándose en el lecho.

—¡Pobre amigo! —suspiró el doctor. —Y viendo que el enfermo le miraba con sorpresa.

—¡Valor!—continuó; —es mi deber decir la verdad.

—¿Eh?

—Presentáis todos los síntomas de la *nona*.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que después del letargo de que acabáis de despertar, el enfermo goza tres horas de lucidez... luego de las cuales, muere repentinamente.

—Pero...

—¡Valor, repito! La vida no está al fin y al cabo exenta de penalidades... Conque, adiós, amigo mío, adiós; y aprovechad el tiempo.

Diez minutos después, el conde, en pie, procedía tranquilamente á su *toilette*.

El doctor habíase retirado discretamente para dejarle en libertad de atender á sus disposiciones supremas.

Cuando hubo terminado el arreglo de su persona, con exquisita escrupulosidad, Raimundo abrió una caja de tabacos, encendió un cigarro y se puso á fantasear cómodamente arrellanado en un ancho sillón.

Por mucho valor que tuviera para mirar á la muerte cara á cara, el conde encontraba su situación extremadamente aflictiva.

El día anterior á los primeros síntomas de una grave dolencia, había tomado resueltamente todas sus decisiones; había hecho venir un sacerdote y un notario, quemado su correspondencia y puesto todas sus cosas en regla. Después, habíase quedado aletargado, pensando no despertar más de aquel sueño profundo.

Pero su situación parecía ahora la de un condenado á muerte que después de haber entrevisto el indulto, se encontrase de pronto frente á frente del patíbulo.

Contemplando melancólicamente las caprichosas espirales de humo que envolvían su rostro, remontándose perezosamente hasta el cielo raso de la habitación, Raimundo, pasó revista á su pasado.

Los días de su infancia, su primer amor, y, últimamente, los días dichosos de su luna de miel.

¡Cuán feliz había sido!

Habíase casado enamorado locamente de su mujer, y su dicha hubiera sido completa, á no impedírselo la pasión de los celos, que nunca pudo dominar. ¡Y pensar que aquella unión tan deseada y que tan venturoso le hacía acabó por una separación ruidosa!

¿Y todo por qué? Por un error de parte suya, y por una terca intransigencia de parte de ella.

Separados amigablemente, habían continuado amándose. Sus relaciones se limitaban á saludarse fríamente cuando se encontraban en la calle; pero el interés, con que, á espaldas el uno del otro, procuraban informarse mutuamente de su respectivo estado, delataba la falsedad de aquella indiferencia.

La idea de morir sin ver á su amada esposa le mortificaba sobre manera.

La estudiada obstinación, la inflexible energía, la mentida frialdad observada hasta entonces, le parecía ridícula é inútil, cuando muy pronto iba á llegar fatalmente la eterna separación.

¿Por qué no intentar una reconciliación postrera?

Raimundo fué á sentarse á su escritorio y trazó sobre un papel algunas líneas, con mano nerviosa. Luego, sonó un timbre y se presentó un criado, á quien entregó la carta.

Hecho esto miró su reloj. Le restaban dos horas de vida. La condesa tenía tiempo de venir.

¿Vendría?.. ¿La conmovería aquel escrito de supremo adiós, ó, inexorable en su dignidad de mujer ofendida, rehusaría perdonarle delante mismo de la muerte?

La angustia de esta incertidumbre agravaba la tortura moral de Raimundo que, á despecho de su sangre fría, contaba uno á uno, los minutos que le separaban de la agonía.

Transcurrió una hora.

Se puso á escribir una larga carta á su madre, en la cual evocaba lejanos tiempos, cuyo recuerdo le enternecía.

De pronto, Raimundo se estremeció. El timbre eléctrico había vibrado. Después de algunos segundos de espectativa ansiosa, se abrió la puerta y anunció el criado:

—La señora condesa.

Mtro. Agustín Salvans, autor del «Minueto» que acompaña á este número.

El conde se había levantado palidísimo.

—¡Herminia! —gritó.

Pero su esposa se había detenido á la puerta, con marcado gesto de indignación.

—Esto es un engaño, caballero,—dijo fríamente.

—¿Un engaño? ¿Qué quieres decir?

—Me escribes que estabas moribundo, y te encuentro en perfecto estado, despachando tu correspondencia. ¡Adiós!

—El conde la detuvo dulcemente por un brazo y, mostrándole la carta que estaba escribiendo á su madre:

—Lee, te lo ruego;—la dijo.

Apenas hubo pasado la vista por el pliego, se arrojó sollozando al cuello de su esposo.

—¡Era cierto! ¡Vida mía!

Por algunos instantes permanecieron así unidos en abrazo estrecho y doloroso.

Un abrazo como aquellos apasionados que en tiempos más felices se prodigaban llenos de amor y ventura.

Luego, sentóse el conde y la tomó en sus brazos cubriéndola de besos, y hablaron del pasado, de su cariño inmenso, de sus ilusiones perdidas, de sus ya muertas esperanzas, del día de su boda...

Recordaron sus paseos matutinos por el campo; su viaje de novios; los detalles más nimios de su vida; las tiernas caricias de sus expansiones conyugales; el primer beso de amor...

Parecía que querían olvidar el drama terrible que se acercaba, haciendo revivir en el recuerdo las dichas que pasaron para no volver jamás.

El sonido del timbre eléctrico, que anunciaba la llegada de alguien, les sacó de aquella especie de embriaguez.

—El señor doctor,—anunció el doméstico.

Ambos cambiaron una mirada de angustia suprema.

—¡Cómo! ¿En pie? —exclamó el médico, con gesto de estupor. —Y yo que venía para...

—Veníais para...

—Mejor es así... Veo que me he equivocado... Yo venía para extender el certificado de vuestra muerte.

—Gracias por la atención;—respondió, sonriendo, el conde.

—¿Entonces, está salvado?—preguntó con ansiedad Herminia.

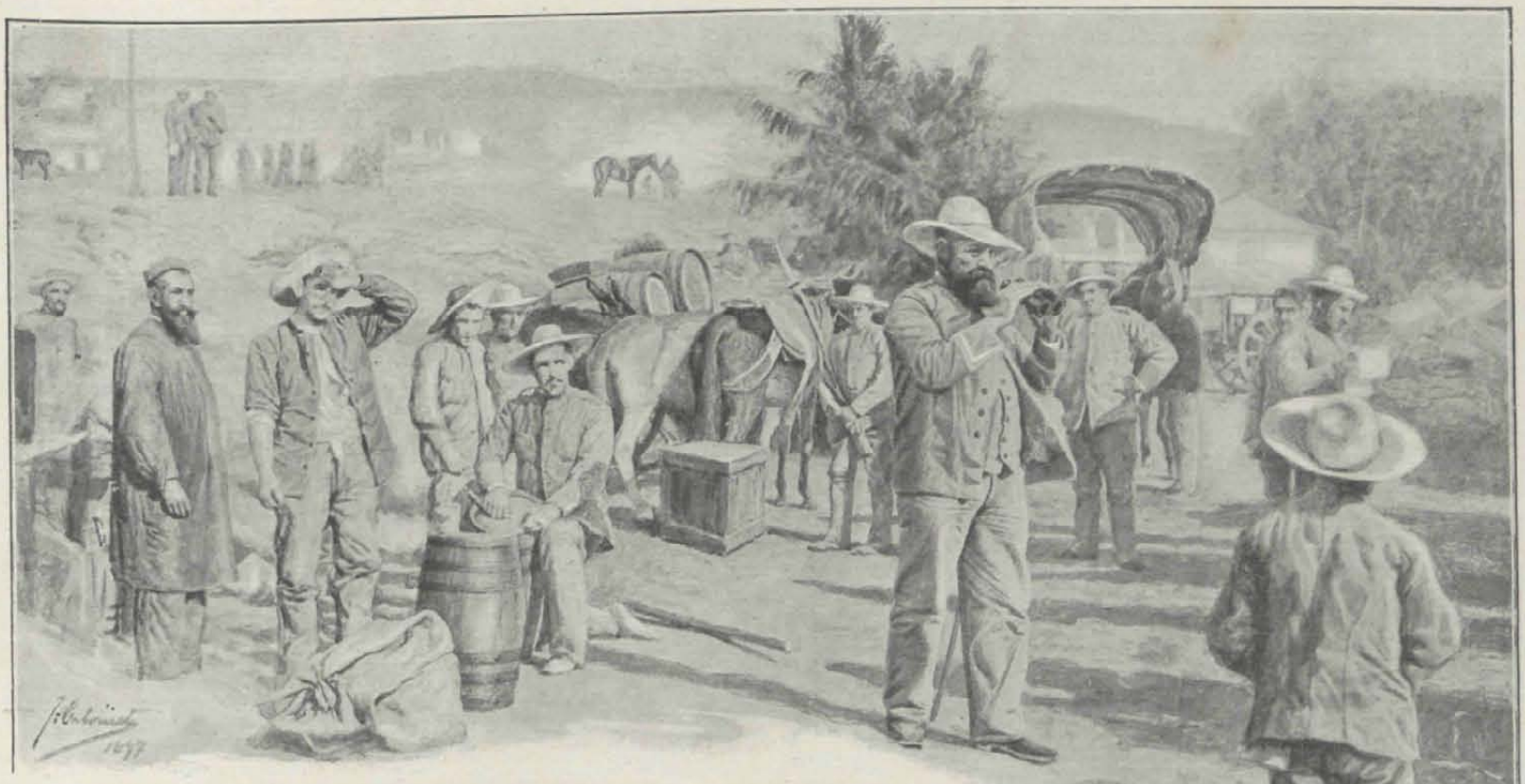
—Completamente... ¡Es extraño! *El Eco de la Clínica*, hacía en sus últimos números un acabado estudio de la *nona*, y todos los síntomas... En fin, repito que me alegro y...

Se alegraba, en efecto; pero allá en el fondo, sentía así como vergüenza ó despecho por ver fallada su profecía.

—Herminia,—murmuró Raimundo al oído de su esposa;—¿si le invitáramos á nuestra mesa esta noche?..

Vicente SUAREZ CASAÑ

© Biblioteca Nacional de España



LA INFANTERÍA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

La acción constante y destructora de los años que así influye sobre las obras de los hombres, como sobre los hombres mismos, que así destruye dominaciones, como aniquila instituciones y poderes, no ha logrado privar á nuestra patria de un elemento á que en todos tiempos debió su independencia y en casi todo un siglo su preponderancia y su grandeza. Este elemento es el soldado, ó para hablar más propiamente, el infante español.

Todas sus virtudes y todas sus proezas descritas por la historia, ensalzados por la poesía, nos parecerían extra-humanas, si hoy no volviera á ofrecernos ejemplos si cabe más admirables y sublimes. Cuantos hechos realizó en Flandes y en Italia, en Africa y en América, se nos antojarían fabulosos, si el infante de hoy, digno sucesor del soldado de los viejos tercios, no acreditara, en alto grado, iguales ó si cabe mayores virtudes que las de sus antepasados. Es el mismo hombre con otros arreos, pero con el mismo corazón; es digno descendiente de los que con Pizarro, con Hernán Cortés, con Almagro y con Alvarado, fueron á conquistar imperios dilatados, sin otra confianza que la que inspira el propio esfuerzo. Y todo lo que se diga de lo que efectuó en Europa, asistido de cerca por sus reyes, resulta pálido al lado de lo que ejecutó, y ha cumplido en América. Tipos como los de aquellos soldados que lejos, muy lejos de la patria, dejando el desierto ó el mar á sus espaldas, sin recurso, sin probabilidades de éxito, se arrojaban á tales empresas; individualidades como las de aquellos hidalguillos castellanos que sin otra garantía que su tizona se atrevían con monarcas poderosos, y derribaban con ella el pedestal de las viejas divinidades; hombres del temple de Pizarro, á los que el peligro parecía dar alientos, y que, en los momentos supremos, trazaban con su espada la famosa línea que debía separar á los que dudaban del porvenir y á los que, por conseguirle, estimaban en poco la vida; almas del temple de las de Quesada, Valdivia y Sarmiento, esas, esas no las ofrece la historia de pueblo alguno. Ni tienen éstos, cuadros de tan magnífica grandeza, tan palpitantes de interés, tan dramáticos como los de aquellas conquistas, ni, lo repetimos, figuras tan originales y tan bizarras. Allegadizos y heterogéneos eran los elementos, no siempre bien fabricadas las armas, escasa la instrucción y no muy sólida la disciplina, pero el temple de alma y el extraordinario vigor físico lo suplían todo. Con poco más de seiscientos infantes conquistó Hernán Cortés la Nueva España, con

ciento sesenta, Jiménez de Quesada ganó la Nueva Granada; y con ciento sesenta y ocho hízose dueño Pizarro del imperio peruano. «Y lo que hicieron los conquistadores de América, dice un escritor colombiano, fué tan estupendo, tan fabuloso, que jamás poema alguno podrá cantarlo; que jamás descripción alguna por fiel, extensa y poderosa que sea podrá igualar la realidad. Es necesario haber nacido ó vivido largo tiempo en América, y conocer los Andes, los desiertos, las selvas, los ríos, las ciénagas, las costas y los climas de ese mundo en que todo es colosal, para comprender y apreciar, por los formidables obstáculos de hoy, lo que entonces hicieron aquellos hombres, prodigiosamente audaz, heroico y temerario...» Pero ¡cuán cierto es que la temeridad es la característica de nuestra raza! Epica, sobrehumana se nos representa la empresa de la conquista, pero á todas luces admirable y digna de estudio la sangrienta y empeñada lucha de la separación. Combatió en aquella España contra pueblos relativamente incultos, y en su mayoría salvajes, los sojuzgó gracias á la audacia y al valor de sus caudillos, á la fiereza y el vigor de sus soldados, á la novedad de los recursos; y sólo así se comprende que con reducidas huestes llegáramos á dominar desde el golfo mexicano á la tierra del fuego, sobre gentes de distinto carácter y sometidos los conquistadores á la influencia de diversos climas. Y á las dificultades de estos climas y del terreno, como á las del carácter de cada pueblo, uniéronse, no sólo las de la comunicación de la metrópoli, sino las luchas personales entre los dominadores. Pero cuando llegó la hora triste de la rebeldía, cuando á las ideas de independencia que germinaban en los pueblos americanos, se unió le abatimiento de la patria, entonces dieron nuevamente nuestros soldados bizarras pruebas de su temple de alma. Una lucha de doce años, en la que porfiadamente se disputó el terreno palmo á palmo, acreditó su perseverancia.

Las marchas realizadas á través de los nevados Andes, allá donde anidan los condores y donde apenas se halla rastro de la existencia humana, las batallas campales de que fueron teatro aquellos hermosos campos, los sitios en que, como en el Callao, se repitieron los heroísmos de

© Biblioteca Nacional de España

Zaragoza y de Gerona, son digno epílogo á nuestra dominación, y revelaron á la faz del mundo que si no siempre el valor triunfa de la fortuna, nunca podrá la fortuna eclipsar á la gloria. Y cuenta que el soldado español ya sólo constituía el nervio de nuestros ejércitos de América; y que por singularísima coincidencia el día infausto de Ayacucho, mientras el ejército enemigo se hallaba nutrido de europeos, el nuestro se componía en su mayor parte de americanos. Con soldados españoles, algo más se hubiera retardado la irremisible y fatal separación.

Pero ni aquellos hermosos hechos, ni aquellos sublimes sacrificios amenguarán los del soldado de nuestros días. Todavía éste nos parece más grande y más heroico, si se le compara con los veteranos de los mejores tiempos. Mozo arrancado del hogar antes de sazón por la ley durísima de las circunstancias, con escasa instrucción militar, más bien teórica que práctica, obligado á combatir en clima mortífero con enemigo sagaz y traidor, su grandeza de espíritu se revela á cada momento en palabras y conceptos que debieran esculpirse en el bronce. Aquellas frases que el conquistador Vargas Machuca pone en boca de un soldado que al acudir á otro, aspeado y enfermo, como él, le dice para darle alientos: *¿Estáis bien ahora? Pues quedaos con Dios y él os de esfuerzo y vida que yo me voy á morir*, — son todo un poema de heroísmo y abnegación que hoy se repite con mucha frecuencia. Se muere antes con la preocupación de salvar el fusil, que la de perder el cuerpo, y en determinados casos menos que la muerte se teme la profanación del cadáver. Ahí está el héroe de Coscorro para hacerlo bueno. Se lucha y se combate más con las enfermedades que con un enemigo, sobrado alevoso para pelear cara á cara y cuerpo á cuerpo. Y cuanto se dijera de los sufrimientos de nuestros soldados sería poco al lado de la realidad. «El vómito y la tifoidea que arrasan y siegan las vidas más lozanas; la disentería y el paludismo que agotan y desesperan; los infartos que reducen la energía más fibrosa; las llagas, úlceras y erupciones que mortifican, laceran y martirizan, acompañan al soldado como la sombra al cuerpo. Caminando por ciénagas y tembladeras, aquí desgarradas las carnes por la zarza, allá heridos los pies por las púas, acullá luchando con el torrente impetuoso; unas veces soportando el aguacero y siempre bajo la acción del sol que quema; en la mayor parte del año, sufriendo el frío húmedo de la madrugada que llega á los huesos, sin que sean parte á impedirlo, ni el rayadillo del traje, ni la manta liviana que el Estado próbidamente le facilita, respirando en los poblados la fetidez de la ignorancia y del abandono más incipientes... Y como si todo ello no fuera bastante todavía, cuando al llegar á la villa corre presuroso en busca de alojamiento donde restaurar sus fuerzas, gastadas en penosas marchas y en cruentas operaciones, halla una huéspeda fiera de alma y aviesa de intención, que le injuria y molesta porque ha trocado en lecho, no el aposento del bohío, ni siquiera el cobertizo del mismo, sino el áspero y fangoso suelo de la calle, donde á su sabor y sin miedo á que se le encojan las sábanas, ha medido y marcado con su cuerpo el espacio destinado á su reposo... ¡Doloroso *vía-crucis* el del soldado español en América!» Estas líneas escritas allá en tierra cubana por un infante tan ilustrado como bizarro, dan la medida de la abnegación y de los sacrificios de nuestros soldados. Mirando á estos de hoy, parece que escribió allá en el siglo XVII Vargas Machuca su *Milicia Indiana*. Y poniendo en parangón éstos con aquellos infantes, sin vacilación puede decirse: *Los de hoy son superiores*, — añadiendo luego: *aunque iguales en el premio*. ¡Para qué mayores apologías!

* * *

Diciembre, mes de hermosos aniversarios para la infantería, es el sexto en que celebra la fiesta de su excelsa Patrona. Poco más de trescientos años hace que un puñado de españoles perdidos en los hielos de Holanda, la proclamaron por tal; y gracias á un accidente que atribuyeron á favor del Altísimo, consiguieron romper el cerco de sus enemigos y volver triunfantes á sus cuarteles llevando entre sus gloriosos estandartes la imagen de María Inmaculada. En los momentos de mayor peligro, acudió el contrario á intimar la rendición, pero el maestro de campo Bobadilla contestó con estas lacónicas frases: *Los españoles, prefieren la muerte á la deshonra*, — contestación muy digna de un glorioso pasado y de la gente que mandaba. Su perseverancia y su fe les dieron la victoria.

¡Quiera Dios que se desgarre el manto de tinieblas que hoy nos envuelve y que, con otro aniversario, celebre nuestra infantería una paz digna de sus merecimientos y de sus honradas tradiciones!

FRANCISCO BARADO

ILUSTRACIÓN DE CABRINETY

CONCEPCION

Niña: tú eres sevillana
y del barrio de Triana,
de la estirpe del modelo
que Murillo subió al cielo
de la Pintura cristiana.

Dios, como á Ruth y á Raquel
te ha dado un aire sencillo;
tu corazón es de miel;
tu rostro... es el rostro aquel
de la *Virgen* de Murillo.

¿Y te llamas Concepción?..
—¡Que Dios te depare un bravo
de los que en Cuba ahora son
terror de la insurrección,
con sus galones de cabo!

F. TOMAS Y ESTRUCH

MOSAICO

Al entrar en máquina las últimas páginas de este número, nos hemos enterado con hondo sentimiento, de la sensible desgracia que pesa sobre la distinguida familia del Marqués de Alella.

Su hijo menor, Jorge, ha pasado á mejor vida, sumiéndola en la mayor aflicción.

El ALBUM SALÓN se asocia sinceramente á las muestras de simpatía que con tan triste motivo le tributan sus numerosos amigos y, en particular, la aristocracia barcelonesa.

El eminente literato don Leopoldo Alas *(Clarín)* nos escribe participándonos que en breve nos remitirá desde Oviedo uno de sus primeros trabajos para ALBUM SALÓN.

También anticipamos á nuestros lectores que muy pronto se encargará de una sección especial, en las columnas de nuestro periódico, el genial y originalísimo escritor don Eusebio Blasco.

Nos felicitamos y felicitamos á nuestros lectores, que sin duda acogerán con entusiasmo la noticia.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de Félix Mestres.

PÁGINAS EN COLOR: *El panorama de la Princesa*, cuento por Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Seriñá.

Un elegante del tiempo del Directorio: cuadro de J. Brull.

En el camerino: cuadro de Manuel Cusí.

Claustros de San Pedro de Tarrasa: acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *La literatura del reposo*, artículo, por Rafael Altamira.

Un velorio en América: artículo de costumbres americanas, por F. Tomás Estruch, con ilustraciones de P. Béjar.

El Clavel: cuento, por Rafael M. Liern †.

En la carrera del Corpus: cuadro de Félix Mestres.

Las hojas secas: artículo, por Vicente Suárez Casañ.

Sarah Bernhartd en Gismonda: escultura de Torcuato Tasso.

En boca cerrada,... artículo, por A. Sánchez Pérez.

¡Demasiado tarde! (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín iluminado.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Nerviosas (3.ª serie, 2.ª de la de los *Mil sonetos)*, con la licencia debida, por Francisco Antich é Izaguirre. — Precio: 1 peseta. — Tipografía católica de Sanjuán hermanos, Palma, 1897.

El Rossinyol (cançó popular), quinta de la colección *Cançons catalanes*, harmonizadas por Enrique Morera. — Tipografía *L'Avenç*, Ronda de la Universidad, 4, Barcelona. — Precio: 2 reales.

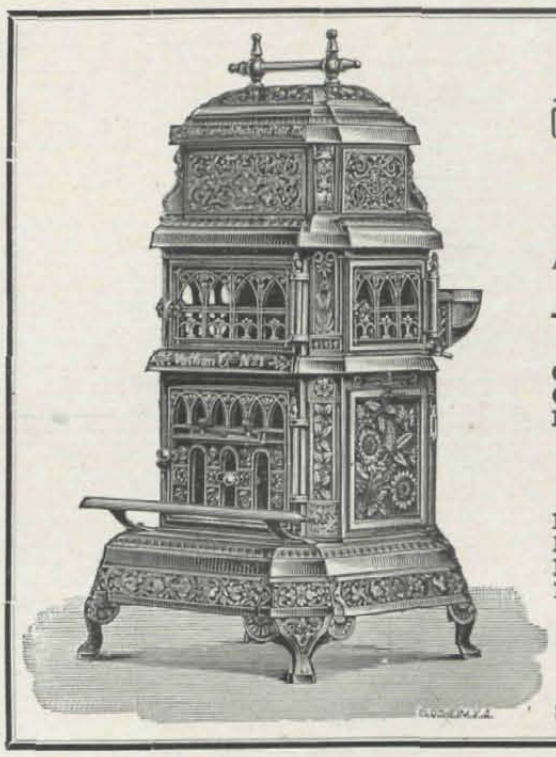
El Arte, los artistas y la Exposición de Bellas Artes de 1897, por don Luis M. Cabello y Lapiedra, arquitecto premiado en exposiciones de Bellas Artes. — Madrid, imprenta de M. G. Hernández, Libertad, 16, duplicado, bajos. — Precio: 2 pesetas.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

© Biblioteca Nacional de España

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el causancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



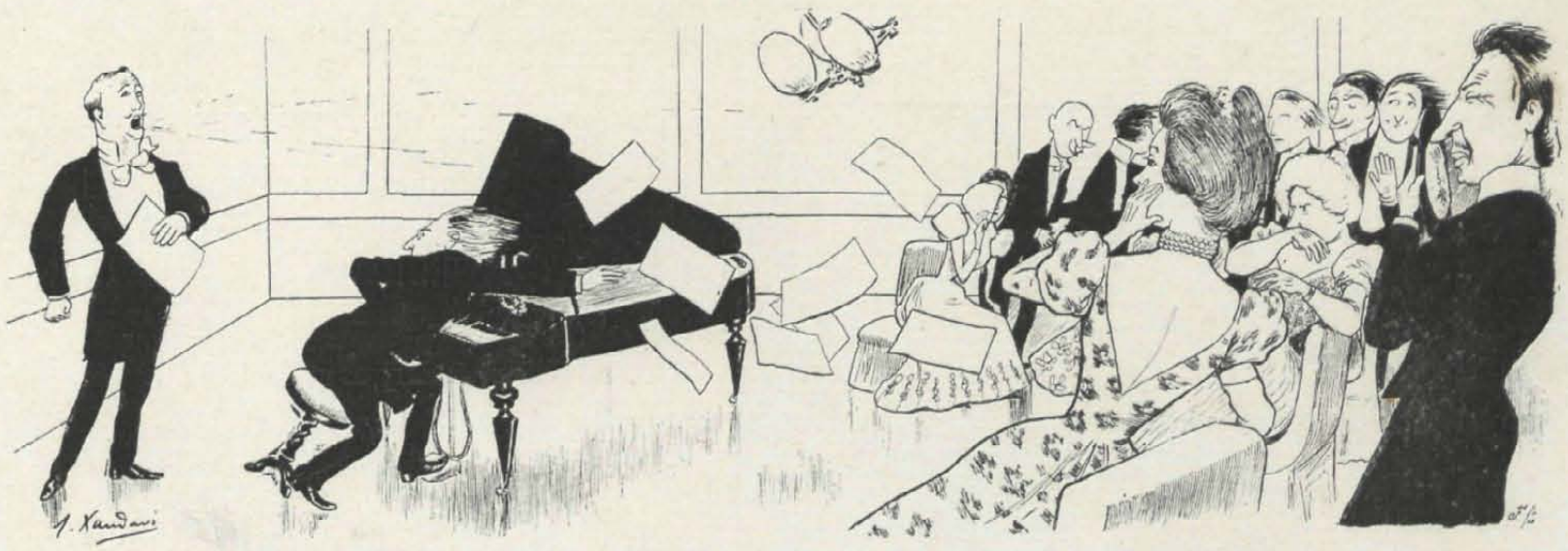
GRANDES TALLERES Y ALMACENES
de Fumistería, Fundición, Maquinaria y Ferretería.
DE
VIUDA É HIJOS DE GASPAR QUINTANA
TALLERES Y DEPÓSITO: Tapias, 6 y 6 bis.
ALMACEN Y DESPACHO: S Pablo, 46 y Mendizábal, 25
SECCION DE FUMISTERIA
COMPLETO Y VARIADO SURTIDO EN
CALORIFEROS, de todos sistemas, por leña, carbón ó gas.
CHIMENEAS, para salón y comedor.
ESTUFAS de todos sistemas, sencillas y de lujo.
La Salamandra. — Sanitaire. — Choubersky.
Flamboyant. — Thermostat. — Norte Americana.
Sueca. — Chapsal de Petxina, etc., etc., etc.
ESTUFAS, «aire caliente», para la calefacción de edificios.
ESTUFAS, «agua caliente», para invernáculos.
ESTUFAS, «rústicas», para fábricas.
ESTUFAS, para cuadras, etc.. etc., y todos los trabajos y accesorios necesarios para la calefacción.
COCINAS económicas, de todas clases, para colegios, hoteles, hospitales, conventos, cuarteles y casas particulares.
Se remiten gratis, catálogos, á quien los necesite.

F. BAU MARTINEZ
PROFESOR DENTISTA
Especialidad en dientes y dentaduras artificiales.
Pelayo, 8, principal * BARCELONA

AL ESCUDO CATALAN
ANTONIO F. MANEJA
Especialidad en toda clase de
IMPRESIONES RÁPIDAS
Timbrados al relieve en Oro y Colores.
Tres Llits, 5
Travesia de la Plaza Real. — BARCELONA

CERERÍA Y FÁBRICA DE BUJÍAS
LA CARMEN
de MELITON CASTELLAR
DESPACHO ∞ Princesa, 46 y Comercio, 50.
FÁBRICA ∞ Ausias March, 5 y 7.
Se fabrica todo lo concerniente al ramo de Cereria y bujias esteáricas y transparentes en todos tamaños ❖ Se venden ceras blancas y amarillas, cerecinas, parafinas, estracinas, etc., etc.

EL *DO* DE PECHO, por XAUDARÓ.



ORFEBRERIA CHRISTOFLE
UNICO REPRESENTANTE
Pedro Llibre
BARCELONA

PING-LAN
FLUID EXTRACT
PREPARADO POR DR. P. ROGENTTERS DE LONDRES
ESPECÍFICO seguro para promover la salida del cabello, bigote y barba. PRESERVATIVO eficaz contra el encanecimiento y la calvicie prematuros. EXTIRPADOR rápido de la caspa
SE VENDE EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS
DEPOSITARIOS: en Madrid, VÍA Y C.ª, Imperial, 9 y 11; en Barcelona, J. M. ROCA, Plaza de las Ollas, 8

FERNET-BRANCA
Especialidad de FRATELLI BRANCA, Milán
Los únicos que poseen el verdadero y legítimo proceso
El uso del FERNET-BRANCA es para prevenir las indigestiones, y se recomienda á los que padecen de tercianas ó de verminosis; este sorprendente efecto debería ser suficiente para generalizar el uso de esta bebida, y toda familia debería proveerse de ella. Se toma mezclada con agua, seltz, vino ó café.
El FERNET-BRANCA es tenido como el mejor de los amargos conocidos, y sus benéficos efectos están garantidos por certificados de celebridades médicas.
Representantes: Polli y Guglielmi, Barbará, 16.-Barcelona

© Biblioteca Nacional de España

EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ❖ La más lujosa ❖ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra

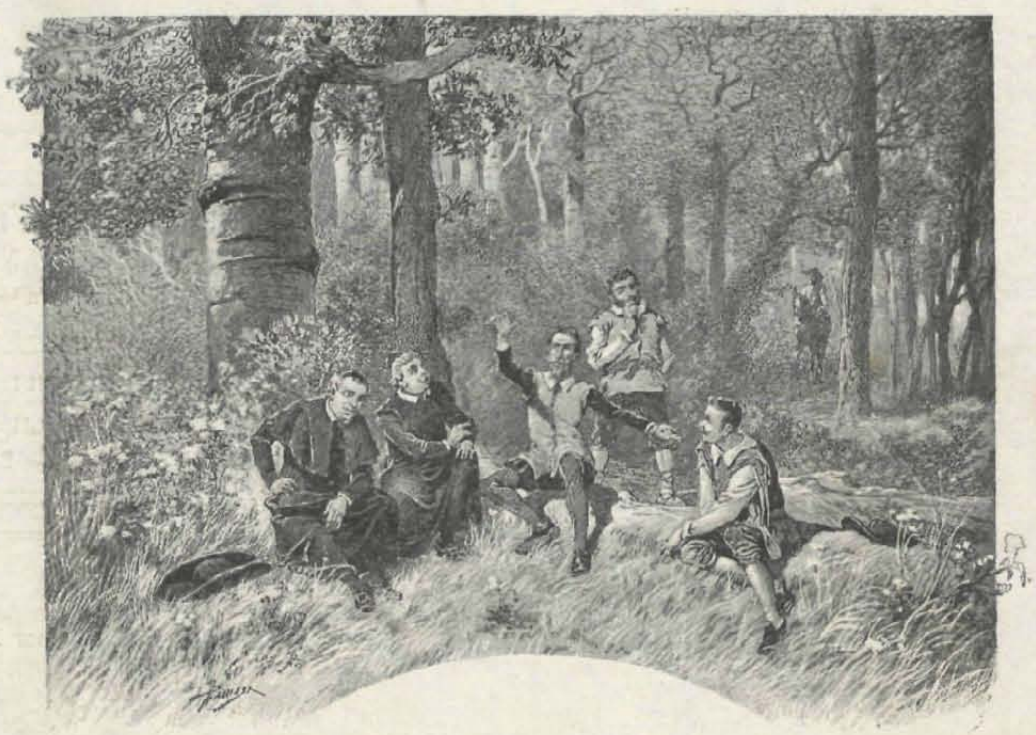
CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos debidos al notable artista D. JAIME PAHISSA, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de D. ARTURO SERIÑÁ, y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del SR. LABIELLE...

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de

UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y UN MAGNÍFICO CROMO.



Tirada especial de **CIEN** ejemplares numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan al precio de 75 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

BARCELONA. — *Centro editorial artístico* de **Miguel Seguí**, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

HISTORIA DEL GENERAL PRIM

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener 16 páginas de texto, ó bien 8 y un magnífico cromo.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona

© Biblioteca Nacional de España